



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ón oriental del
de admiración
coxtitlán, rei-
rfsimos, como

y bosques ja-
s altos *te callis*
ihuac á la de-
oro teñida, de
ntiguo palacio

Con la independencia de la Nación, la Capital, envuelta por más de trescientos años en el pesado manto virreinal, comenzó á transformarse y á embellecerse. La vieja Ciudad de los Palacios, orgullosa de este nombre que justificadamente le discerniera el célebre barón de Humboldt en su visita á la Nueva España, hecha al aproximarse el fin de la época colonial, entró rápidamente á la vida moderna. Hoy, conservando en muchas de sus calles antiguas la fisonomía de la población construida por los virreyes; poseyendo todavía, aquí y allá, reliquias preciosas del arte español de aquella época, sólidos edificios que al punto descubren su traza colonial, y templos y palacios de majestuosa arquitectura, que parecen estar cantando con cada una de sus piedras el esplendor alcanzado siglos atrás por la que fué emporio de las riquezas de Nueva España, hoy surgen y se multiplican maravillosamente por doquiera, barrios enteros de construcción y arquitectura totalmente modernas.

Desde la altura de cualquiera de sus altas torres, es verdaderamente admirable el panorama de la ciudad de México, colocada hacia la mitad del afamado valle que lleva el mismo nombre. Una anchurosa superficie, que cada día se extiende con inusitada rapidez, aparece á los ojos deslumbrados del espectador. Esbeltas torres y cúpulas monumentales hieden la altura por doquier; elevadísimos edificios modernos, asiento de toda clase de oficinas, levantan piso sobre piso hasta la altura de las torres; y alternando con estas construcciones contemporáneas, uno que otro palacio antiguo levanta sus orgullosos muros de cantería ó sus rojas paredes de tezontle, y ostenta sus portones labrados, en los que se admiran legendarios, heráldicos escudos.

La ciudad ha multiplicado prodigiosamente el número de sus barrios modernos; colonias enteras han surgido como por magia sobre terrenos que antes estuvieron henchidos por las aguas abundantísimas del valle; las clases acomodadas han construido una verdadera ciudad de artísti-

cos *chateaux* y
el bronce, el
cios modernos
de Correos, 11

Por las
La ciudad se
blaciones que
mes alrededor
de prosperida
crepúsculo q
plateadas fre



Cuando los conquistadores traspusieron las eminencias que limitan la porción oriental del Valle de México, dice Bernal Díaz del Castillo que no pudieron contener los gritos de admiración que tan admirable espectáculo arrancara de su pecho. La sultana de los lagos, Tenoxtitlán, reinaba entonces reclinada á la orilla de las aguas, mirándose en sus espejos purísimos, como una Venecia americana.

La conquista la sorprendió adormecida entre verdes praderas de esmeralda y bosques jamás agotados por la codicia humana, y cuando el aromático copal se levantó de los altos *teocallis* de la reina del valle, "y el ronco són del caracol sonoro" llamó á los hijos de Anáhuac á la defensa de sus lares amenazados. . . . ya era demasiado tarde. La roja bandera de oro teñida, de los monarcas de Castilla, se asentó por largas centurias sobre los baluartes del antiguo palacio del emperador Moctecuhzoma.

VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Con la independencia de la Nación, la Capital, envuelta por más de trescientos años en el pesado manto virreinal, comenzó á transformarse y á embellecerse. La vieja Ciudad de los Palacios, orgullosa de este nombre que justificadamente le discerniera el célebre barón de Humboldt en su visita á la Nueva España, hecha al aproximarse el fin de la época colonial, entró rápidamente á la vida moderna. Hoy, conservando en muchas de sus calles antiguas la fisonomía de la población construida por los virreyes; poseyendo todavía, aquí y allá, reliquias preciosas del arte español de aquella época, sólidos edificios que al punto descubren su traza colonial, y templos y palacios de majestuosa arquitectura, que parecen estar cantando con cada una de sus piedras el esplendor alcanzado siglos atrás por la que fué emporio de las riquezas de Nueva España, hoy surgen y se multiplican maravillosamente por doquiera, barrios enteros de construcción y arquitectura totalmente modernas.

Desde la altura de la ciudad de México. Una anchurosa superluminada del espectáculo elevadísimo edificio de altura de las torres antiguo levanta sus tonos labrados, en la ciudad ha teras han surgido con abundantisimas de



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Con la independencia de la Nación, la Capital, envuelta por más de trescientos años en el pesado manto virreinal, comenzó a transformarse y a embellecerse. La vieja Ciudad de los Países, orgullosa de este nombre que justificadamente le discerniera el célebre barón de Humboldt en su visita a la Nueva España, hecha al aproximarse el fin de la época colonial, entró rápidamente a la vida moderna. Hoy, conservando en muchas de sus calles antiguas la fisonomía de la población construida por los virreyes; poseyendo todavía, aquí y allá, reliquias preciosas del arte español de aquella época, sólidos edificios que al punto descubren su traza colonial, y templos y palacios de majestuosa arquitectura, que parecen estar cantando con cada una de sus piedras el esplendor alcanzado siglos atrás por la que fué emporio de las riquezas de Nueva España, hoy surgen y se multiplican maravillosamente por doquiera, barrios enteros de construcción y arquitectura totalmente modernas.

Desde la altura de cualquiera de sus altas torres, es verdaderamente admirable el panorama de la ciudad de México, colocada hacia la mitad del afamado valle que lleva el mismo nombre. Una anchurosa superficie, que cada día se extiende con inusitada rapidez, aparece a los ojos deslumbrados del espectador. Esbeltas torres y cúpulas monumentales hunden la altura por doquier; elevadísimos edificios modernos, asiento de toda clase de oficinas, levantan piso sobre piso hasta la altura de las torres; y alternando con estas construcciones contemporáneas, uno que otro palacio antiguo levanta sus orgullosos muros de cantería ó sus rojas paredes de tezontle, y ostenta sus portones labrados, en los que se admiran legendarios, heráldicos escudos.

La ciudad ha multiplicado prodigiosamente el número de sus barrios modernos; colonias enteras han surgido como por magia sobre terrenos que antes estuvieron henchidos por las aguas abundantisimas del valle; las clases acomodadas han construido una verdadera ciudad de artísti-

cos chalets y residencias suntuosas al Poniente de la población. Los ricos materiales, la cantería, el bronce, el mármol, aparecen pródigamente en las avenidas de la metrópoli. Espléndidos palacios modernos se están levantando por varios puntos de la población, y otros, como el nuevo edificio de Correos, llaman la atención de los viajeros más conocedores.

Por las calles céntricas es verdaderamente cosmopolita el lujo y el movimiento que se notan. La ciudad se ensancha prodigiosamente en todas direcciones; llegan ya sus suburbios hasta poblaciones que antaño constituyeron villas distintas y distantes de la Capital. Por todos los bellísimos alrededores, preciosos poblados y caseríos denuncian la riqueza de sus moradores; este oleaje de prosperidad aumenta cada día, y todo esto se decora todas las tardes con el manto de oro del crepúsculo que viste el soberbio anfiteatro de montañas que cerca el valle, y tiñe á lo lejos las plateadas frentes de los colosos de nieve que velan en lontananza su destino!